


—Dame tus nítidas galas,  
y tus perlas y tus flores.  
—Y perderán sus colores  
si no las cubren las alas  
del Amor de los amores.

Sonó el arpa melodiosa  
llena de ardiente arrebato.  
Luego el Rey con poderosa  
voz dijo:—*Suba la esposa  
que adoraba mi retrato.*

Quedó el alma del impío  
abismada en el vacío  
con pesadumbre fatal,  
y lloró sn desvarío  
entre la sombra infernal.



*A Santa Teresa de Jesús.*



A Santa Teresa de Jesús

SONETOS

I

**S**EÑOR, te busco con amante anhelo  
en la serena luz del claro día,  
del aire en la suavísima armonía  
y en la radiante bóveda del cielo.

Siempre te oculta trasparente velo,  
aunque eres bello para el alma mía  
mas que el éter azul con su alegría  
y el sol que gira en rutilante vuelo.

Dices... y abre el alcázar diamantino  
sus puertas de zafir. Entre fulgores  
brilla el semblante de Jesús divino,

Y el fuego del amor de los amores  
penetrando en tu pecho y en tu mente  
te torna en puro serafín ardiente.

## II

—«¿Dó está el Esposo que en amor divino  
me inundó con la luz de su mirada?»  
exclamaste de Cristo enamorada  
corr' en pos de celestial destino.

En alas de potente torbellino  
tu alma en fuego seráfico abrasada  
bebió el fulgor de la inmortal morada  
que alfombra y vela el éter cristalino.

En los terribles antros del Averno  
buscarás sin temor al noble esposo  
viendo en cielo trocado el hondo infierno;

Pero mírale en trono esplendoroso  
feliz brindarte con amor eterno  
perpetua dicha y perenal reposo.



## LA FE Y LA INDIFERENCIA





## La Fe y la Indiferencia

**B**RILLA la aurora nacarada y pura;  
espléndido en Oriente nace el sol;  
mansa juega la brisa en la espesura,  
dulce canta en la selva el ruiseñor.

Coronado de lirios y azucenas  
borda los campos el florido Abril,  
tornando en fresco césped las arenas  
y el rudo bosque en mágico jardín.

Envuelve sus contornos la colina  
en velo de brillante rosicler,  
y suspira la fuente cristalina  
de flores bajo rústico dosel.

Sus arrullos exhalan las palomas  
entre el blanco jazmín y el azahar,  
y cargado de músicas y aromas  
cruza el viento su alcázar de cristal.

CREYENTE

—¿Quién eres tú, Señor Omnipotente,  
Padre del mundo, de la luz autor?

Déjame ver tu faz, tu noble frente;  
haz que yo escuche tu tonante voz.

Mi ventura se cifra en adorarte:  
sometido á tu ley ansío vivir:  
¡oh, cuán feliz si logro contemplarte  
con el ardiente amor de un querubín!

## INDIFERENTE

—Ramillete magnífico de flores  
es la vida, y el mundo es un edén;  
yo no se quién me colma de favores,  
mas tampoco le anhelo conocer.

Si la vida del hombre es una perla,  
de placeres divino talisman,  
¿qué me importa saber al recogerla,  
quién, por olvido, la vertió al pasar?



## LA VIRGEN DE LA FUENSANTA



## La Virgen de la Fuensanta

### LEYENDA HISTÓRICA DE CÓRDOBA

#### PRIMERA PARTE

#### UN DESCONOCIDO

**A**RDIENTES rayos desgarran  
la negra capa del cielo;  
la lluvia cae á torrentes;  
brama el aquilón soberbio,  
y con sus hórridas alas  
que agita raudó y violento,  
cobija á las potestades  
tenebrosas del infierno.

¡Lúgubre noche! Qué horribles,  
qué pavorosos misterios  
cubres con tu denso manto  
para la virtud funesto!  
¡Cuántos ayes de amargura



mezclados van á tu aliento!  
¡Cuántos postreros suspiros  
sofocan tus roncós truenos!

Córdoba, la más hermosa  
población del suelo ibero,  
es hoy fúnebre teatro  
de atroces dramas sangrientos.  
Los enemigos de Dios  
profanan sus santos templos,  
escarnecen á sus hijos  
y en sangre tiñen su suelo.

Los cristianos valerosos  
no temen morir, vertiendo  
raudales de ardiente sangre  
de su herido noble pecho;  
sólo temen que los moros,  
en sus instintos perversos  
sácien el furor infame  
con que guerra hacen al cielo  
en las imágenes puras  
de sus príncipes excelsos.

Por un callejón oscuro,  
en negro capote envuelto  
un hombre á buen paso marcha  
los ojos atrás volviendo.  
Algún objeto abultado  
lleva oculto, que el secreto  
que él quiere guardar revela  
la figura de su cuerpo.

Dos hombres siguen sus pasos

con refulgentes aceros  
desnudos, ansiando sólo  
sepultarlos en su seno.  
Uno por fin se adelanta  
y haciendo el último esfuerzo  
acércase al fugitivo:  
alza el brazo y gime el viento  
bajo el formidable golpe  
que descarga; mas sereno  
el misterioso embozado  
sigue su camino ileso.

Estupefactos se miran  
los perseguidores fieros  
y el que detrás caminaba  
pregunta de asombro lleno:  
—¿Qué hiciste?

—Darle un mandoble  
(dijo el otro) tan tremendo,  
que hundir hubiera podido  
una montaña de hierro.

—Y erraste el golpe?

—El alfanje  
iba á sus sienes derecho;  
mas juro por el Profeta  
que un ser extraño, algún genio  
á nuestra causa contrario  
mi brazo torció: le siento  
dolorido... ¿Dónde vas?

—A perseguirle.

—El infierno  
le favorece, ó acaso  
le proteja el mismo cielo.

No le sigas, es en vano:  
sin duda algún amuleto  
lleva escondido: no expongas  
tu vida, que es hechicero.

Los armados mahometanos  
tomaron la vuelta presto;  
y entre las nocturnas sombras  
presurosos se perdieron,  
llena la mente de dudas,  
lleno el corazón de miedo.

El embozado, entretanto,  
sigue con paso ligero  
por varias calles, y llega  
al medroso campo. El viento  
con melancólicos ayes  
turbaba el hondo silencio  
de la oscura noche. El Betis  
rónico murmullo no lejos  
alzaba, de blanda arena  
revolviéndose en el lecho.  
De Córdoba las murallas  
rotas y de horrible aspecto,  
que ocultaban parecía  
inmensa legión de espectros.  
La misteriosa corneja  
ave de temible agüero,  
dejaba de vez en cuando  
escuchar su triste acento.

¿Quién podrá ser el incógnito  
que sin temer al soberbio

soplo de los huracanes  
ni del alto rayo al fuego  
ni á la destemplada furia  
de todos los elementos  
la soledad busca ansioso  
y se interna en un desierto?  
¿Será algún ladrón infame  
ó nigromante funesto  
que con potentes conjuros  
pueda abrir el hondo infierno?

Sigámosle: sin descanso  
atraviesa un llano extenso  
poblado de secas yerbas  
entre liquidados hielos.  
Detiénese luego un punto,  
cobra fuerzas, toma aliento,  
clava en el cielo los ojos  
y suspira. Con recelo  
vuelve entonces la cabeza  
mirando á diestro y siniestro,  
y convencido que nadie  
pueda salirle al encuentro,  
descubre el objeto raro  
que guardó con tanto empeño.  
Échase al punto de hinojos  
mares de llanto vertiendo  
y de sus trémulos labios  
brotaron estos acentos:  
—Adorada Madre mía,  
Reina de la tierra y cielo,  
que á tus piés arrodillados  
miras los ángeles bellos;



¿no quieres ya entre nosotros  
 vivir? Al golpe tremendo  
 de las iras celestiales,  
 ¿qué escudo presentaremos?  
 ¿Por qué los cielos se enojan  
 tanto contra nuestro pueblo  
 y permiten que el abismo  
 grabe en él su horrible sello?  
 Nuestros templos ¿dónde están?  
 ¡Ay!... ya no existen... cayeron  
 bajo el prepotente brazo  
 del enemigo protervo!  
 Ya las santas oraciones  
 suben á Dios en silencio  
 en los libres cefirillos  
 de amor dulces mensajeros;  
 ya no vuelan cual palomas  
 las blancas nubes de incienso,  
 ni nuestros solemnes cánticos  
 hacen retemblar al viento.  
 Adios, adorada Madre:  
 ya aquí no vives, has muerto  
 para nosotros, y es fuerza,  
 por librarte de los fieros  
 insultos de los malvados,  
 buscarte un asilo en medio  
 de los solitarios bosques  
 que albergue dan halagüeño.  
 A su apartado recinto  
 que el mundo ve con desprecio  
 no llegan de inmundo lodo  
 cubiertas y de veneno,  
 ni la mano del impío,

ni la lengua del blasfemo.  
 Adios... Adios... que mis lágrimas  
 recibas allá en tu reino  
 y amorosa nos envíes  
 el anhelado consuelo.

Así dijo el embozado,  
 y después, falto de aliento,  
 ahogando débil suspiro,  
 cayó desplomado al suelo.  
 En aquel punto un relámpago  
 tendió sus alas de fuego  
 sobre él, y bañó en fulgores  
 el preciosísimo objeto  
 á quien dirigido había  
 sus lágrimas y sus ruegos.  
 Era una bella escultura  
 de la Reina de los Cielos,  
 y se vió la santa imagen,  
 sus ojos de amores llenos  
 fijar en su desdichado  
 y devoto compañero  
 como los fija una madre  
 en el hijo predilecto.

A la margen de un arroyo  
 que se desliza sereno,  
 secas, espinosas zarzas  
 y verdes cañas lamiendo;  
 sobre el cristal de una fuente  
 pura cual límpido espejo,  
 descuella silvestre higuera  
 cuyo enorme tronco hueco

pudiera ocultar la efigie  
 dentro del cóncavo seno.  
 Allí con trémula mano  
 el hombre, de Dios sintiendo  
 el corazón oprimido,  
 puso la imagen, y luego  
 hácia la ciudad volvióse  
 sin vida y los ojos secos  
 de tanto llorar: con ayes  
 de dolor silbaba el viento,  
 escuchando allá en el bosque  
 reproducidos sus ecos:  
 el cielo en lánguida lluvia  
 mostraba su amargo duelo,  
 y los ángeles hermosos,  
 sobre las nubes suspensos,  
 contemplaban conmovidos  
 el espectáculo tierno.



## SEGUNDA PARTE

GONZALO GARCÍA

## I

Al fin sonó la afortunada hora  
 de sacudir el ominoso yugo  
 de los hijos de Agar: hoy el Alarbe  
 hunde su frente bajo el lodo inmundo.

Aquel inmenso imperio floreciente  
 que en las entrañas del desierto rudo  
 nació y en cuna de abrasada arena,  
 de orientales canciones al arrullo,  
 fué creciendo y después inundó el orbe  
 de su bárbara fe bajo el escudo,  
 ya se desploma: España sacudiendo  
 el fatigoso sueño que la puso  
 en fiera esclavitud, su heróico esfuerzo,  
 su proverbial valor recobra al punto.  
 Al pié de cada flor un héroe nace  
 en este suelo, en mártires fecundo,  
 donde el hierro que siembra sangre y muerte  
 ilustres hechos vé que dan por fruto,  
 donde el tirano que desdichas labra  
 vé que engendra al valor el infortunio.

Sólo un rincón, aunque florido y bello